

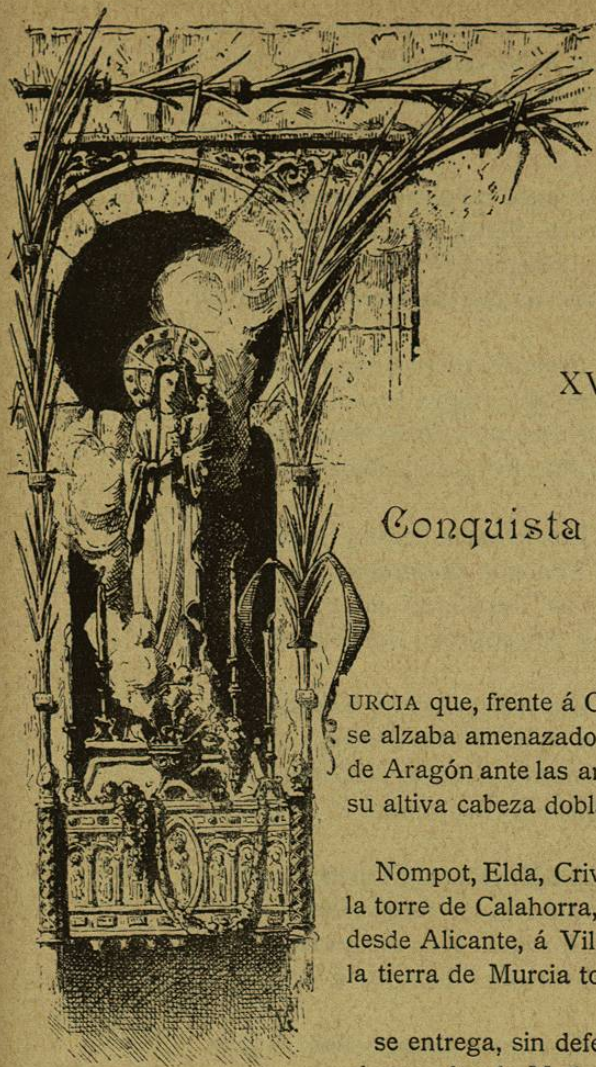
Que á no ser por esto, os juro
por la prez de mi linaje,
que en todo el mundo no habría
muralla que os amparase;

ni montes, peñas, ni riscos,
ni villas, ni baluártes,
donde ocultaros pudiérais
sin que de allí os arrojase.

Pues, por cada caballero
que en vuestra defensa armárais,
tres armara, en vuestro daño,
y á más, todas mis ciudades.

Ya veis cuán poco me importan
vuestros rebeldes ultrajes,
cuando el derecho y la fuerza
tengo á un tiempo de mi parte.—

Dijo el Rey, que era en sus iras
como en su clemencia grande,
y arrojó de una mirada
á los nobles desleales.



XVIII

Conquista de Murcia.

MURCIA que, frente á Castilla,
se alzaba amenazadora,
de Aragón ante las armas
su altiva cabeza dobla.

Nompot, Elda, Crivillente,
la torre de Calahorra,
desde Alicante, á Villena,
la tierra de Murcia toda,

se entrega, sin defenderse,
al vencedor de Mallorca,
que ya conquista los reinos
sin desnudar la tizona.

Que cuando el trotón de guerra
don Jaime, gallardo, monta,
con la veste de brocado
sobre su brillante cota;

cuando revuelve el rendaje
con la diestra vencedora
y el dragón de su cimera
sobre un mar de hierro asoma,

tiemblan de espanto los moros,
y de tal prestigio goza,
que ahuyenta á sus enemigos
de su corcel con la cola.

Los infantes Pedro y Jaime,
el Vizconde de Cardona,
los del Temple y Santiago
y el Hospital con sus tropas;

Guzmán y Alonso García,
con su castellana escolta;
Moncada, Arnaldo de Gurb,
Obispo de Barcelona;

Alagón, Luna y Urrea,
En Carroz, los Anglesolas,
los Rocafull, el de Ampurias
y Bernardo Vilanova;

doscientos almogavares
y los hombres de Tortosa,
del invencible Monarca
las brillantes huestes forman.

Mientras se armaban las tiendas,
tres veces la gente mora
cerró contra los cristianos,
tres veces huyó en derrota.

Y abroquelada en sus muros,
abatida y temerosa,
ni embiste á los sitiadores
ni sus ataques afronta.

Viendo Jaime que en la plaza
no hay fuerzas que se le opongan,
al moro alguacil envía
embajada misteriosa,

diciéndole que en su tienda
se presente, sin demora,
que á la salvación de Murcia
aquella entrevista importa.

Acude el moro; el Monarca
con llaneza generosa
le acoge, y á los sitiados
promete misericordia:

en nombre del rey Alfonso,
si se rinden les otorga
parte en la ciudad y huertas,
y á más sus mezquitas todas.

Pero si tercios resisten,
con el rayo de su cólera
jura tornar en pavesas
sus murallas orgullosas.

Tres veces al campamento
volvió la embajada mora,
y al cabo á los pies de Jaime
cayó una nueva corona.

Pero al repartir á Murcia
estalla viva discordia
entre los hijos de Cristo
y los hijos de Mahoma.

Aquéllos, de una mezquita
que está del alcázar próxima,
quieren hacer una iglesia;
los infieles se alborotan

y las bases asentadas
en los convenios invocan;
á Jaime acuden, mas Jaime
á los cristianos apoya.

Crúzanse las embajadas,
los mensajes se emponzoñan,
ruge, oculta en las conciencias,
tempestad horrible y sorda.

Y, para abreviar razones,
el Rey don Jaime convoca
á cincuenta caballeros
y á los hombres de Tortosa,

y manda que aquella hueste
se mantenga armada y pronta
para entrar á saco en Murcia,
si la iglesia no le otorga.

Al ver que, á tamaño precio,
quieren las armas católicas
comprar la iglesia, de espanto
la ceden los de Mahoma.

Que en aquella edad de luchas
no era hazaña monstruosa
cimentar con sangre el ara
del Dios de misericordias.

De aquel gigantesco siglo,
la fe voraz, invasora,
era océano sin dique
que al rodar todo lo arrolla.

EN hombros de cuatro nobles,
que disputaron tal honra,
envuelta en nubes de incienso
y en los rayos de la aurora;

sobre unas andas de plata,
llenas de luces y joyas,
de la Santa Madre Virgen
se alza la imagen hermosa.

y en torno de ella, se agrupan
cual resplandecientes olas
de colores y reflejos,
las legiones vencedoras.

Los templarios con sus mantos
de nieve, que al aire flotan;
los heraldos, con sus vestes
blasonadas y ostentosas;

los briales de brocado
que martas y armiños forran,
junto á los sayos de cuero
y las estameñas toscas;

mantos, gonelas, perpunte,
dalmáticas, albas, cotas,
insignias, armas, blasones,
conjunto espléndido forman;

De Cartagena el Obispo
precede al de Barcelona;
sembradas de pedrería
llevan las mitras y estolas;

con ricos broches prendidas,
sobre las bordadas orlas,
las anchas capas pluviales
de magníficas estofas.

De la procesión las luces,
que ante el sol pálidas flotan,
como no alumbran, parecen
lluvias de piedras preciosas,

Enhiestas llevan los clérigos,
que santas preces entonan,
las cruces episcopales
que el sol desde Oriente dora;

y por cima de los yelmos,
sueltas al aire, tremolan
las banderas de Castilla,
de Aragón y Barcelona.

De las desnudas espadas
las resplandecientes hojas,
cual haces de vivos rayos
fúlgidas llamas arrojan.

A pie, detrás de las andas,
camina la corte toda,
y á pie don Jaime y sus hijos
van, en actitud devota,

sin aparato guerrero
y sin cortesanas pompas,
que el Rey ofreció á la Virgen.
el honor de la victoria.

Por eso en triunfo la llevan
como á su Reina y señora,
y los príncipes del mundo
le van sirviendo de escolta.

Por el campo se derrama
solemne y majestuosa,
la procesión, como un río
que de su cauce desborda.

Y al són de los atambores
y de las guerreras trompas,
los soldados de don Jaime
los altos muros coronan.

Los monjes, la clerecía,
el Rey, la corte, las tropas,
cruzan las calles de Murcia
y en la mezquita se agolpan.

No bien, como en trono excelso,
los sacerdotes colocan
sobre el altar á la Virgen
que dió á Jaime la victoria,

el vencedor de los Reyes
al pie del ara se postra,
y allí, al altar abrazado,
como débil niño llora.

Veni, Creator Spiritus,
cien voces al par entonan
porque el soplo del Eterno
baje á las profanas bóvedas.

La cristiana melodía
llena el templo de Mahoma;
de los guerreros las frentes
cual mar de espigas se doblan;

por entre nubes de incienso
sube la oración católica,
y los cielos se entreabren...
la mezquita se transforma.

Retumba el himno en el coro,
los héroes de hinojos lloran...
y el espíritu de Cristo
por las anchas naves flota.



XIX

El Concilio de Lyon.

UNA del nombre cristiano,
Jerusalén, ciudad santa;
si te olvido, que el olvido
se apodere de mi alma.—

Así, Teobaldo Visconti,
dijo á Sión, al dejarla;
sustentar quiere sus votos,
hoy que ciñe la tiara.

Y, á fin de unir con la griega
la santa Iglesia romana,
para lanzar contra Oriente
la mayor de las cruzadas,

en Lyon, ciudad augusta,
famosa entre las de Galia,
á los griegos y latinos
á magno Concilio llama.

La catedral de San Juan,
la insigne Iglesia primada,
que de la antigua basílica
en el solar se levanta,

y en tiempo de Carlomagno,
se vistió de nuevas galas;
la que en sus piedras contiene
toda la historia de Francia,

bajo las góticas cimbras
de su alta nave cristiana,
verá juntarse el Concilio
más grandioso de que hay fama.

Suena en las torres el *Angelus*;
es la hora señalada,
y los Padres se congregan,
á la tibia luz del alba.

A trechos, rasga del muro
las sombras gentil ventana,
en cuyos pintados vidrios
las imágenes diáfanas

de ángeles y santos, brillan
cual si en el éter flotaran;
cual si á través de las piedras
entrarse la gloria á ráfagas.

Filigranado triforio
ciñe las naves gallardas,
cual los encajes guarnecen
de los Prelados las albas.

Bajo un dosel de brocado
que en el coro se levanta,
se alza el Papa, en alta silla
con embutidos de nácar.

De paño de oro de Otranto
luce la espléndida capa,
de amatistas y zafiros
y de diamantes cuajada.

En oro de Ofir prendida
de su anillo la esmeralda,
fulgura, cuando bendice,
como un rayo de esperanza.

Bordados lleva de perlas,
los guantes y las sandalias;
su pectoral vale un reino,
y un imperio su tiara.

Y delante del Pontífice,
en prueba de honra más alta,
se sientan los Cardenales
y los griegos Patriarcas.

Allí está Buenaventura,
sol de la Iglesia Romana,
por Gregorio revestido
con la púrpura sagrada.

El dominico Moerbek,
penitenciario del Papa,
docto en la divina ciencia,
cuanto en las ciencias humanas.

Y en torno, en luengos escaños
tapizados de escarlata,
venerables Arzobispos,
Obispos y Abades se hallan,

que en las almas y en los rostros
llevan rasgos de la patria,
nieblas de Albión en las frentes,
sol de Grecia en las miradas;

vago estupor en los ánimos
de los prodigios del Asia,
en las venas y en la mente
destellos del sol de España;

música y luz en los labios
del mar y el cielo de Italia,
ó en el africano espíritu,
ascetismos de Tebaida.

Juntas entrambas iglesias,
que adverso cisma separa,
se agrupa en torno del Padre,
la gran familia cristiana.

La fe, de aquellas edades,
vida, inspiración y alma,
palpita en aquellos pechos,
de aquellas frentes irradia.

¡Imponente es la Asamblea,
magnífica, extraordinaria;
jamás, en Concilio alguno,
se juntó grandeza tanta!

Allí están, con las de Europa,
de Oriente las embajadas,
la de Miguel Paleólogo
junto á la del Kan Abaga.

Los maestros de las Ordenes,
junto al Canciller que manda,
para jurar obediencia
á Gregorio, el de Alemania.

Las cabezas venerables
de Obispos y Patriarcas,
por el sacerdocio ungidas,
por la ancianidad nevadas,

por el pensamiento excelsas,
por el rango soberanas;
por el incienso y la aurora
ceñidas de niebla y ráfagas;

las luengas capas pluviales,
sobre las vestes moradas;
los broches de orfebrería,
las resplandecientes placas

qué adornan mitras y estolas
quirotecas y sandalias;
los radiosos pectorales,
los báculos de oro y plata:

las blancas nubes de incienso,
el resplandor de las lámparas,
el perfume de las flores,
el rumor de las plegarias,

el reflejo de los vidrios,
el eco de las campanas...
¡todo aquel mundo simbólico,
de Dios y los cielos habla!

Mudos, esperan los Padres
de Gregorio la palabra;
pero de su trono al lado,
se alza una silla dorada;

silla tal, junto á tal trono,
sólo un Rey puede ocuparla:
Rey tan grande, que le esperan;
Rey tan altivo, que tarda.

Pero, á deshora, en el atrio
suenan clarines y cajas,
descabargar de guerreros,
gritos del pueblo entusiastas.

Y entra en el templo don Jaime,
de cuatro reinos Monarca,
descollando entre sus nobles,
como entre arbustos la palma.

Blancos están sus cabellos,
y están sus barbas tan blancas,
que entre el oro de su veste,
semejan raudal de plata.

Brillante corte le cerca,
magníficas son sus galas,
y apuestos como ningunos,
los caballeros de España.

De todos los soberanos
que al Concilio llamó el Papa,
sólo el de Aragón acude
á presentarle su espada;

y como es su gloria inmensa
y es universal su fama,
vivo murmullo, á su paso,
por la nave se levanta.

Jaime atraviesa el concurso,
besa el anillo del Papa
y ocupa, junto á la suya,
la regia silla dorada.

El Santo Padre, que sólo
al de Aragón esperaba,
se alza y dirige al Concilio
su evangélica palabra.

El socorro de los pueblos,
y de los reyes reclama
para rescatar de manos
de infieles la Tierra Santa:

evoca el divino espíritu
del insigne Luis de Francia,
y el entusiasmo sublime
de las edades pasadas.

A su voz, enardecido,
el rey Jaime se levanta
y ofrece á tan alta empresa,
los cuatro reinos que manda;

el diezmo de sus Estados
promete á tan justa causa,
y, si á Oriente va el Pontífice,
llevar á Oriente sus armas.

Pero ya el sublime espíritu
de las conquistas se apaga;
nadie el ejemplo secunda
del aragonés Monarca;

de Bullón y de Tancredo
se extinguió la excelsa llama;
¡murieron con Luis el Santo
las glorias de las cruzadas!

El miedo torpe, balbuce,
la duda, vacila ó calla,
y hasta el maestro del Temple,
se opone á la guerra santa.

El de Aragón, despechado
de tal desaliento, exclama:
—Santo Padre: pues que todos
dudan, se oponen, ó callan,

marchar podemos, si os place.
—Id del cielo con la gracia:—
responde el Papa, y bendícele.
Don Jaime á sus nobles llama.

Barones—dice:—partamos;
con lo que ofrecimos basta;
que por Nós, queda bien puesto
el honor de toda España.—

Va á salir, mas se detiene;
por señas á un paje llama,
que una corona de oro
lleva en un cojín de grana;

le hace que con él se acerque
hasta la silla del Papa;
al cual dice el Soberano
con voz firme y reposada:—

—“Nuestro padre, el Rey En Pedro,
que gloria en los cielos haya,
mereció que el Papa mismo,
en Roma le coronara:

„por si, á ejemplo de Inocencio,
nos hacéis honra tan alta,
trajimos esta corona,
con oro y piedras labrada.”—

—“Pedro Segundo, el Católico,
fué tributario del Papa;
si imitáis á vuestro padre,
se os otorgará esa gracia.”—

Dijo el Pontífice; airado
contestó el Rey:

—“Si no bastan
á vuestros ojos, los hechos
de nuestras armas cristianas

„para merecer tal honra,
renunciamos á lograrla;
que no es bien que pague el pueblo
vanaglorias del Monarca.”

„Nos iremos sin corona,
que no ha de hacerle gran falta
á quien tres ganó en el campo,
y otras dos tiene heredadas.”—

Así dijo el Rey don Jaime,
con española arrogancia;
y se alejó del Concilio
sin volver atrás la cara.



XX

MUERTE DEL REY

E nuevo el reino de Jaime
se parte en opuestos campos;
de nuevo se alzan en armas
los nobles, nunca domados.

Rebelde contra su padre,
Fernán Sánchez, el Bastardo,
recibe en Pomar la muerte
de orden de Pedro, su hermano.

La corona de Navarra
disputa Pedro á Fernando,
mientras Felipe, el Hermoso,
viene á combatir con ambos.

Aben-Yucef, de Marruecos,
llama á las armas, en tanto,
y cruza el Estrecho, al frente
de una nube de africanos.